

**El faro en el rastro del nómada.
La huella infinita: conciencia del que respira**

Enrique Luzirossi

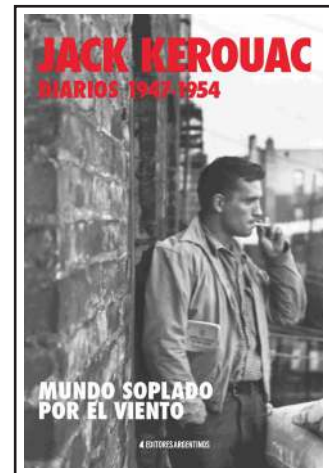
(Investigador y crítico independiente, Uruguay)

Kerouac, Jack. *Diarios 1947-1954.*

Mundo soplado por el viento.

Trad. Martín Abadía.

Buenos Aires: Editores Argentinos, 2015.



La escritura es un estado de conciencia. Un escritor es un individuo que acomete decisiones en fracciones de segundo, mientras construye mundos con calles, pueblos, plazas, automóviles, personas, perros y árboles, al tiempo que consiente y decide asumir el lugar que él opina que ocupa en el universo tangible. En algunos casos (casi una costumbre en los escritores “de raza”), la convicción se concentra en la importancia del recorrido –más allá de logros y las satisfacciones de un eventual epílogo–, en la conciencia de que el camino es su último territorio y es donde quiere estar. Jack Kerouac es uno de esos casos de escritores prometeicos que ha decidido robarles el fuego a los dioses para dárselo a la gente, aunque no sabe a ciencia cierta a quién y cómo hacerlo, y se olvida, de tanto en tanto, la flama en el cenicero, en la mesa de algún bar.

En *El candelabro enterrado* (1937) Stefan Zweig decía que “Quizás nuestro verdadero destino sea estar eternamente en camino, arrepintiéndonos sin cesar y deseando con nostalgia, siempre sedientos de descanso y siempre errantes”. Los *Diarios de 1947-1954* de Kerouac pertenecen en cuerpo y alma a ese destino de deseo, nostalgia y universo abierto que menciona Zweig. “Completar algo es un horror, un insulto a la vida”, apuntaba Kerouac en su cuartilla del 16 de junio de 1947. Y es que sus *Diarios* nunca abandonan ese formato, el de un territorio fragmentado y en dispersión (*big bang*), condición expansiva cuya incompletitud completa y conecta (valga las redundancias) de

modo singular con la obra ficcional (novelística) de este escritor nacido en Lowell (Massachusetts) el 12 de marzo de 1922, que quería ser “el gran novelista americano”. Sus actividad creativa y sus novelas no contradicen esa voluntad galáctica última: *El pueblo y la ciudad* (1950), *En el camino* (1957), *El ángel subterráneo* (1958), *México City Blues* (1959), *Doctor Sax* (1959), *Los vagabundos del Dharma* (1958), *Tristessa* (1960), *Satori en París* (1966), *Ángeles de la desolación* (1967), *La vanidad de los Duluo* (1968), *Visiones de Cody* (1972) nos hablan de un narrador imaginativo y consecuente, cuya ambición no es menos poderosa que su laboriosidad.

Para el caso que nos reúne en esta reseña, que son los *Diarios de 1947-1954*, y este accionar nómada que es el *Mundo soplado por el viento*, hay que decir que el índice se divide en dos secciones. La primera atañe al universo de apuntes, borrones y crónicas de los Diarios de trabajo involucrados con la escritura, corrección y publicación de su primera novela: *El pueblo y la ciudad* (1950). En esta sección aparecen (y desaparecen) una y otra vez los fantasmas familiares (en especial el de su padre Leo, muerto en 1946, y también el de su madre, cuya pasividad se asume, asimismo, fantasmática), las andanzas con sus colegas hípsters, beatniks y no beatniks (Kerouac menciona con recurrencia a Allen Ginsberg, “Bill” Burroughs, Jack Fitzgerald, Hal Chase, Al Hinkle, David Kammerer, “Hunkey” Huncke, “Johnny” Clellon Holmes y “Lou” Carr), los momentos de tensión por el rigor en el trabajo (escribía hasta altas horas de la madrugada y se proponía una meta de palabras o páginas para cada día), las idas y venidas en torno a la matemática de ser arte y parte del mundo literario, la duda de ser escritor (“Soy un escritor –y nunca debí haber sido «un escritor». Ni siquiera parezco un escritor, parezco un leñador, un bardo leñador como Jack London”), sus amoríos siempre algo dilatados y evanescentes (a los que por momentos parece otorgarles una casi nula importancia, salvo en el caso de una chica a la que denomina “ojos oscuros”), su fe en Dios y en la religión en general (presente en el apartado “Salmos” de esta primera sección) y, por supuesto, los trances, recovecos, frustraciones, alegrías y ánimos dispersos, balbuceos y progresos implicados en la redacción de *El pueblo y la ciudad*, novela escrita (tal vez) en la cocina de su casa en Ozone Park, en Queens, a la sombra del piano de su madre o, por qué no, en California, en Denver, en Carolina del Norte o cualquier otro territorio estadounidense a donde fueron a parar su imaginación y su máquina de escribir.

La segunda sección testimonia el espíritu más viajero de Kerouac, el “alma” de *En el camino*, su segunda novela, publicada definitivamente en 1957; principalmente las páginas últimas de los *Diarios*: el cuaderno *Lluvia y ríos*, que relata los viajes en coche de Nueva York a Nueva Orleans en 1949, y de Denver a México en compañía de sus amigos Neal Cassady, Frank Jeffries y Al Hinkle, atravesando las distintas regiones y pueblos del país, como son la frontera sur con México, el noroeste americano, Nue-

va Orléans, Frisco, California, Minneapolis, Detroit, Chicago, Massachusetts, Portland, Washington, Nueva York y los pequeños centros poblados que a Kerouac tanto le gustaban, como por ejemplo Montana, Tulsa, Spokane, Miles City, Butte, Dakota del norte, Salt Lake City o Yellowstone.

Hay cierta actitud barbárica en el acto de fugarse, de cruzar, de llegar y enseguida regresar, en esa mora inestable que es el viaje, en la tensión que afecta de forma permanente al nómada, que quiere llegar a alguna parte, pero que no se conforma y decide nuevamente partir. Es el dilema del faro y la huella infinita. Porque hay un faro, un futuro de búsqueda de estabilidad en todo hombre vivo, y el mismísimo Jack Kerouac lo poseía, porque además de lograr ser el gran escritor que él quería ser, tenía entre los ojos la meta familiar, escribir y ganar dinero suficiente con el que adquirir una granja y soñar con que “El futuro tiene una gloriosa mujer para mí y para mis hijos, estoy convencido de esto—. Debo estar a la altura de ellos y que encuentren en mí a un hombre con las cosas resueltas”. Dilema del nómada: siempre hay un faro que está más allá del horizonte final que muestra el camino, lo que nos devuelve al camino. Kerouac conocía perfectamente de qué se trataba todo ese asunto de los límites y la cinta infinita, y, como buen bárbaro que era, todo hace suponer que en el fondo, como el Uróboros (la serpiente que se muerde la cola), prefería el camino.

Michel Maffesoli comenta en su libro *El nomadismo* (2004) que: “En lo que nos concierne, el destino es el de la vida errante, la cual, aun si es potencialmente peligrosa, recuerda el aspecto fecundante de los orígenes, la fuerza de lo fundacional, el dinamismo de lo que se mueve. Así, pues, en cualquier sociedad la figura del hombre errante resulta estructuralmente ambivalente”. Esta definición parece dar con la clave de la vida y la obra de Jack Kerouac, pero mucho más registra el tenor, la atmósfera de los *Diarios*; un mapa cartográfico que se abre ante nuestros ojos, un mapa con geografías, nombres, sentimientos y emociones, un mapa que nos muestra el camino, las facetas del viaje, las algarabías y felicidades, los temores ante el nuevo día (la próxima página), los temblores de una voz que quiere hacerse oír más allá de la letra, desde el corazón de una narrativa; una voz que vibra en el territorio de un cuerpo, que palpita en “el relato mismo de la sinceridad y el sentido de la vida”.

Es esta oscilación en las sensaciones, en las convicciones y en los motivos del “ser para la obra”, del “ser en la obra”, del “ser por sí mismo”, la que le pone “carne” a los apuntes biográficos del escritor en los *Diarios de 1947-1954*; y es en estas idas y vueltas en las que la conciencia se limpia y se ensucia, en las que la conciencia respira, que Kerouac decide hacer de su vida parte de la novela y viceversa, involucrando, al mismo tiempo, al lector en su intención. Es el tao, un canto a la vida, que siempre es un camino.

Hay un Kerouac que duerme, que se levanta, que se ducha, que come y que escucha jazz, que va al cine con su madre y se emborracha con amigos, que ama y que le duele la cabeza, que escribe hasta el agotamiento de sus fuerzas, que lucha con los demonios de la página en blanco por un día más, hasta que algo lo devuelva al camino que conduce a la novela americana, o a alguna parte.

Como dice Jack: “Seguimos las vueltas del camino, y él nos lleva hacia adelante. ¿Adónde? A la verdad, a nosotros mismos, a los demás, ¿a Dios?”.